

# ALÓNEZ

Herederero de la jefatura del partido liberal  
**Semanario satirico**

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

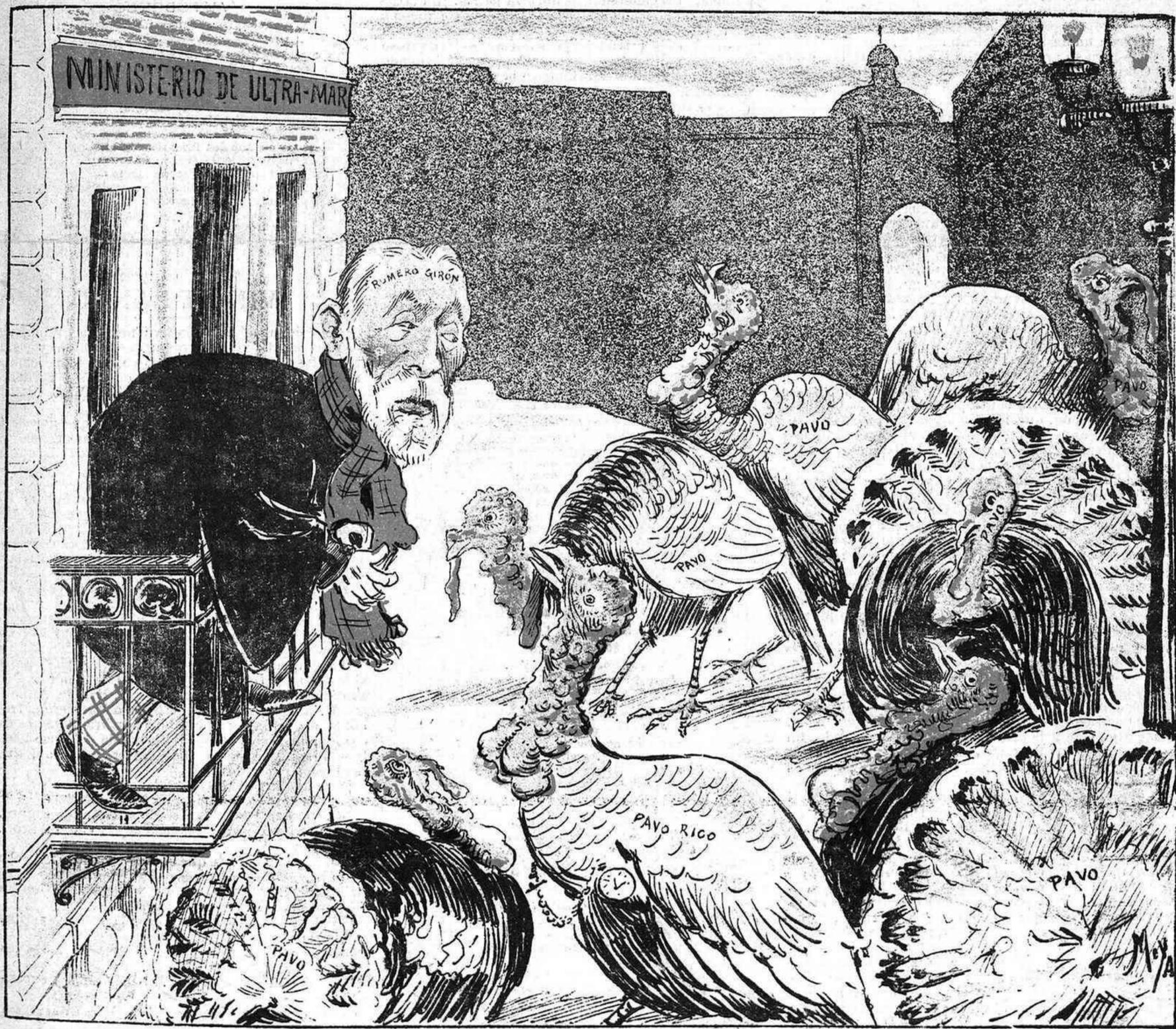
Colmenares, 7, bajo izquierda

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6
Provincias y Portugal, se- mestre.....	4
Extranjero y Ultramar, año	16
Número atrasado.....	0,25
25 ejemplares.....	1,50



**EN LA PLAZA DE SANTA CRUZ**  
(EL ÚLTIMO PAVO)



—Baja ya, compañero.

# Miércoles de Calínez

—Vaya, ya estamos, amigo Michigánez, Sagasta y yo con un catarro mayúsculo. Es lo que nos ha traído de París Montero Ríos. Bien podía haber endosado este distinguido hombre público su catarro a Mr. Day, trayéndonos a nosotros, por lo menos, las Filipinas. Pero se equivocó de mano y ahí tiene usted; el Archipiélago se lo llevaron los yanquis y el constipado fué para nosotros.

—Y que hasta que lo suden ustedes no podrán ocuparse de la cosa pública.

—¿Qué hemos de poder ocuparnos! Ahora sólo nos ocupamos de tomar los polvos de Dower.

—¿Yo creí que era a la nación a quien propinaban ustedes esos polvos!

—No, a la nación la dedicamos otros. Desde que estamos en el poder los liberales no hemos hecho otra cosa. ¡No en balde sucedimos a Linares Rivas! Pero ve usted, querido Michigánez, qué catarro tan inoportuno! Sagasta y yo teníamos que ocuparnos del problema político apenas regresara de París Montero Ríos, y en vez de eso nos vemos precisados a guardar cama.

—Perdóneme usted, Sr. Calínez; D. Práxedes guarda además el Poder.

—Bueno, casi es lo mismo. En cuanto D. Práxedes se encarga de la gobernación del Estado la cama y el Poder son sinónimos; se tiende en éste y en aquélla y guarda las dos cosas a un tiempo. Sagasta podrá no ser un gobernante arrastrado, pero es siempre un gobernante tendido.

—¿Y quién visita al ilustre catarroso?

—Todos sus parientes para pedirle algo.

—No; le preguntaba a usted que qué médico le presta los auxilios facultativos.

—Hace usted bien en decir que le presta, porque de seguro no se los paga D. Práxedes. Creo que es el Dr. Huertas.

—Malo, malo.

—¿Cómo malo? Me han asegurado que es, aunque liberal, un médico excelente.

—Pero su apellido es terrible. Las Huertas, señor Calínez, son fatales para los Presidentes del Consejo de Ministros. Acordaos del Maine; quiero decir: ¡acordaos de D. Antonio!

—Caramba, tiene usted razón, y lo peor es que a mí me visita el Dr. Jardines.

—Vamos, que están ustedes como dos berengenas constipadas.

—Sí, riase usted de nuestros padecimientos; es lo único que nos faltaba. Terrible cosa es, amigo Michigánez, que los hombres públicos no podamos ni constiparnos siquiera. Enseguida viene la maledicencia a poner en solfa nuestros catarros. No dejo de reconocer que casi siempre nos constipamos a tiempo, ó sea cuando surge ante nosotros alguna dificultad política de las de órdago. Por eso le oí en cierta ocasión exclamar a D. Práxedes: «¡Caramba como estornudo hoy; cualquiera diría que me iba a ver precisado a presentar la cuestión de confianza!» ¡La pituitaria de D. Práxedes es casi una mucosa constitucional! ¡Mi ilustre causa-habiente tiene, en efecto, el Poder en las narices!

—Menos mal que no lo tiene, como el malogrado Mr. Poujol, en otro contrapuesto sitio!

—Capdepón, querido Michigánez, el ilustre Capdepón, que incurre muy a menudo en candidices infantiles, decíame cierta noche hallándonos los dos de tertulia en determinada casa de la calle del Arco de Santa María (no pongo el número para evitar compromisos): «Créame usted, querido Calínez, que esto se va.» Como no me señalara al decir «esto» a ninguna parte de su individuo ¿y qué es lo que se va, D. Trinitario? le interrogué yo. «La cosa pública, respondióme; en el Consejo de esta tarde ha estornudado D. Práxedes tres veces. Todos los ministros exclamamos ¡Jesús! sintiéndonos muertos y aun el de Marina se metió en la caja de obleas, diciendo con gesto trágico ¡que nos entierren juntos!» ¡Catarro de D. Práxedes, ministerio difunto, no le quepa a usted duda!» Oiga usted, D. Trinitario, le respondí ¡por qué no le cuelgan ustedes de las narices al presidente el cordón de una campanilla, poniéndole sobre el bigote el siguiente cartelito? «Por aquí se piden de noche los últimos Sacramentos para los gabinetes liberales.» ¡Qué quiere usted! me dijo; este país está completamente atrasado. En esto se nos echó encima, quiero decir se presentó repentinamente la señora de la casa y no hablamos más.

—Ello es, Sr. Calínez, que según he visto en casi todos los periódicos, el ilustre D. Eugenio no ha podido todavía conferenciar con el ilustre D. Práxedes, á causa del catarro que éste padece.

—¡Así es la verdad, Michigánez! Aguardábasele con impaciencia (hablo del puntillero de Meco) y cuando al fin y al cabo se nos presenta de regreso en Madrid, un inoportuno catarro se atraviesa entre nosotros. Sagasta, lo sé de muy buena tinta (la que tiene Pablo Cruz en la subsecretaría), desearía recibirle, pero es el caso que apenas pronuncia tres palabras le da un golpe de tos y D. Práxedes no quiere, de ningún modo, tratar á golpes de tos á don Eugenio. ¡Todo lo contrario! ¡Toserle él al hombre que fué patrióticamente á París á constiparse? De ningún modo. Siquiera el catarro de D. Práxedes es un catarro nacional, cogido en el ministerio de Fo-

mento ó en el paseo de la Moncloa, pero el que padeció en París Montero Ríos fué un catarro extranjero, adquirido en el servicio de la patria. Esto es siempre muy respetable.

—De modo que según usted se explica, Sr. Calínez, nuestros hombres públicos sirven á la nación acatarrándose?

—¿Pues qué otra cosa quería usted que hicieran? ¿No es eso entregar la propia salud en beneficio del interés del Estado?

—Entonces ya imagino quién va á ser nuestro regenerador. Mr. Geraudel, el farmacéutico de las pastillas famosas que tienen por lema: «Si toseis, tomeis».

—Ese farmacéutico, amigo Michigánez, llegaría tarde á nuestra nación.

—¿Por qué?

—Porque aquí está ya tomado todo.

—No tanto, Sr. Calínez; el general Weyler, v. gr., no ha tomado todavía puesto en ningún partido político, á pesar de los rumores que han circulado en contrario.

—En eso no le falta á usted razón. ¡Cuándo se decidirá ese hombre á entrar en caja!

—Yo creo que no puede porque está llena.

—No deja de ser el que usted acaba de indicarme un fundamento atendible. Pero ¿y Romero Robledo? ¿Ingresa ó no ingresa en el partido liberal por la puerta del gabinete?

—Querrá usted decir por la puerta de la alcoba de Sagasta.

—Bien, el de D. Práxedes es siempre un gabinete con alcoba para los catarros y las dificultades. Pero volvamos á lo importante, ¿entra ó no entra?

—Yo, por mi parte, sólo puedo responderle lo que dijo el estudiante de los catecúmenos y las remolachas: «por mí, que entren». Siquiera D. Francisco no podrá padecer esos molestos constipados de nariz que tanto influyen en nuestra política.

—Tiene usted razón. He ahí el Salvador de la cosa pública, el regenerador de nuestra patria. ¡Un hombre que no puede constiparse! Ayudémosle todos á subir al poder. El hubiera ya conferenciado con Montero Ríos y tendría la solución del pavoroso problema político que á todos nos preocupa. Cuando flotan en el aire los estornudos ó hay algún ministerio que huele á podrido en Dinamarca, Romero Robledo es insustituible. ¡Corramos á su casa á felicitarle, y ojalá toda la nación se vea pronto como él: sin pizca de olfato!

## CONCURSO DE SONETOS

En nuestro nonnato *Almanaque para 1898* anunciamos un concurso de sonetos, al cual solo podrán acudir los ministros y exministros con cesantía y casa abierta.

No bien hemos pensado anunciarlo, ha corrido la noticia y á estas horas ya hemos recibido, entre otros, los siguientes:

SONETO

AL MORO MUZA

*Lema  
Tengo unas calabazas  
puestas al humo...*

Moro, de quien no sé ni una palabra, pero á quien sólo por ser moro adoro, dignate iluminarme, ilustre moro, porque estoy más perdido que una cabra. No sé si mi partido cierre ó abra: Romero y Weyler van del caño al coro: que se cuelean al fin yo les imploro y á Canalejas ¡oh, suerte macabra! Al marcharse Gamazo, buen bromazo me dió. Si á Vega Armijo, luego, azuza y Montero se marcha con Gamazo ¿qué me queda? Un Moret, un Abarzuza y de sobrinos lleno este capazo. ¡Sácame de este apuro, moro Muza!

PRÁXEDES M. SAGASTA.

AL CAMALEÓN

SONETO CORTO

Te admiro, ilustre animal, soy tu eterno adorador, porque cambias de color con rapidez sin igual. Empiezas por federal y sin frío ni calor pasas á conservador y después á liberal. Soy en todo como tú: dije: por siempre cayó. y á lo que cayó hago el bú: ministro quiero ser yo Siempre que hablo digo muchas cosas buenas. *Tablé. (1)*

F. ROMERO Y ROBLEDO.

Á LA OLA DEL CANTÁBRICO

SONETO LARGO

*(Imitación del «Labyrinth»)*

La fiaca barquilla de mis pensamientos, veyendo mudanza de tiempos oscuros, los Moras y yanquis mirando inseguros, se acoge á derribos y á sus rendimientos. Me chilló la prensa, me finge aspavientos: yo por mis derribos cobro *asas* de duros y luego los pongo en sitios seguros

(1) Sospechamos que este final no es de D. Francisco. Se lo debe de haber redondeado Solsona.

y así nos quedamos todos tan contentos. Ya puede la prensa chillar cuanto quiera: que en cobrar (yo creo) no hay ningún engaño: yo cobro y me tumbo luego á la bartola. Los Moras de antaño con faz lisonjera, miran á los nobles derribos de hogano, y en tanto me mezcó yo al son de la ola.

S. MORET.

Á UNA PERRA GRANDE

SONETO PIGNORABLE

*(Birlado á Góngora)*

Ayer viniste y marcharás mañana. Para tan breve ser ¿quién te dió vida? ¡Para valer tan poco, estás lucida y para no ser nada estás lozana! ¡Si te ha engañado tu hermosura vana bien presto la verás desvanecida, que aunque roñosa estás y ennegrecida, de apandarte tenemos todos gana! Cuando te cojo con robusta mano, me espanto de pensar que el Banco fiero concluirá por pescarte y absorberte. No salgas, que te aguarda Urquijo insano ó Aldama ó Aguilar (1) ú otro banquero... ¡Oh, perra gorda, no volveré á verte!...

J. LÓPEZ UIGORVER.

AL GOBIERNO FUSIONISTA

(SONETO «EMPRUNTADO» A QUEVEDO)

Este gobierno es lágrimas y c... que sujeta al país haciendo el coco. ¿Hay crisis? Pues Sagasta ¿uelta el m... y nos da, espectralando, la matraca. A Romero y á Weyler los sonsaca, y Camelo, que es hombre para poco, rezonga al ver la unión, me vuelve loco: si digo:—Saquen dagas...—no la saca. Y aunque Práxedes todo lo trabuca y Canalejas va de ceca en Meca, mientras domina aquesta gente cuca, torpe en la forma y en el fondo hueca, por más que mi oratoria lo bazuca mi partido encanece y se me seca.

F. SILVELA.

AUTOBOMBO

(SONETO ESCRITO AL DICTADO) (2)

—Vive Dios, que reviento de guapeza y no hay otro cual yo en toda Castilla, porque ¿a quién no sorprende y maravilla mi fe, mi manifiesto y mi grandeza? Por Jesucristo vivo, en mi cabeza la regeneración es muy sencilla: Figueroa á dictalla y yo á escribilla, y ustedes van á ver qué hermosa pieza. Apuesto á que don Práxedes cae muerto en cuanto yo le lea lo dictado y que ocupo el poder eternamente.— Escuché esto á Camelo y dije:—Es cierto cuanto dijo vocacé, señor soldado, y no lo hallo más que este inconveniente: Sagasta incontinente, viendo á vocacé soltar esa andanada, dió un estornudo, fuese y no hubo nada.

## VINO BLANCO

Esto de la repatriación teníamos que remojarlo. Y, en efecto, sin aguardar á que termine, ya están todos los periódicos políticos, y sobre todo los diarios ministeriales, repitiendo en letras gordas y como á voz en cuello: ¡Vino Blanco! ¡Vino Blanco! ¿No saben ustedes que vino Blanco?

Si que lo sabemos; pero nos parece que no es esta la ocasión más oportuna para echar unas cañas.

Sobre que las cañas bien podría ocurrir que se volvieran lanzas.

Pero hay la circunstancia de que Calínez no bebe. Se aburrí del Montilla cuando este señor fué Director de Comunicaciones, mira al Jerez con malos ojos, como el propio cosechero del ministro de Estado, y únicamente transige con los vinos de mesa, por ser éste el primer apellido de nuestro único suscriptor.

En cuanto al vino Blanco le parece que es un vino para celebrar.

Para celebrar la llegada del último Abencerraje ó Aben Cerrojo, supuesto que acaba de echar la llave á nuestra dominación en América.

No porque dejemos de alzar nuestra copa (que ni siquiera sombrero de eso tenemos) en honor de Don Ramón Blanco, que forma con D. Ramón Auñón, con D. Ramón Nocedal y D. Ramón Guerrero el trebol de cuatro hojas de la buena sombra, dejamos de enviar al último virrey la bienvenida más cariñosa, la más cordial y hasta el «Bienvenida chico», que es el Bienvenida de moda.

¡Vino Blanco! ¡Vino blanco!

¿Se le subirá á D. Práxedes á la cabeza?

No sabemos; pero mala mezcla harán, de seguro, el vino de Rioja de la Presidencia y el vino Blanco... de donde viene.

Con la agravante de que el vino riojano está hecho un puro vinagre, mientras que el vino Blanco debe de llegar muy sabroso, porque dicen que todos los vinos mejoran al cruzar los mares.

¡Vino Blanco... y de Cuba! Es decir, cosa superior. Mas ¿por qué no ha desembarcado en Cádiz?

Porque allí se lo hubieran disputado todas las tiendas de montañas.

Porque salir de autonomistas antillanos y encon-

(1) De Campó. Todos son señores de los que mangonean en el Banco.

(2) Lo comenzó D. Camelo y lo acaba Calínez.